

Javier Pérez Wever – jperezw@unis.edu.gt

Universidad del Istmo

¿Soy acaso el guardián de mi hermano?

Buenos días. Es un gusto y una responsabilidad estar impartiendo esta conferencia a un grupo de colegas filósofos y académicos de otras áreas.

En primer lugar, quería agradecer a los miembros del comité científico del congreso por la invitación a participar él. Me parece que ha sido una apuesta arriesgada y espero estar a la altura de lo que se espera.

Antes de comenzar y para quitarme un poco de peso de encima sobre lo que voy a presentar, quería expresar que me siento como en una boda judía según el evangelio: primero se saca el buen vino y, luego, cuando ya se ha bebido suficiente, se saca el vino de peor calidad. Con esto quiero expresar que tanto Estelle Ferrarese y Ana Marta González son mucho más sabias que yo y espero que hayan quedado saciados con sus intervenciones. Yo procuraré aportar una gota al gran estanque de su conocimiento y al de todos los demás aquí presentes.

Ahora sí, entremos al tema de la conferencia: ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? Es una pregunta conocida. Aparece en medio de una narración del Génesis. Como periodista, además de filósofo, considero que esta historia es muy interesante:

"Adán conoció a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín. Y dijo:

—He adquirido un varón gracias al Señor.

2 Después dio a luz a su hermano Abel. Abel fue pastor de ganado menor, y Caín, labrador.

3 Al cabo de algún tiempo Caín ofreció al Señor frutos del campo; 4 y Abel, por su parte, los primogénitos y la grasa de su ganado. El Señor miró complacido a Abel y su ofrenda, 5 pero no a Caín y la suya. Por esto Caín se irritó en gran manera y andaba cabizbajo. 6 Entonces dijo el Señor a Caín:

—¿Por qué estás irritado? ¿Por qué andas cabizbajo? 7¿No llevarías el rostro alto si obraras bien? Pero si no obras bien, el pecado acecha a la puerta; no obstante, tú podrás dominarlo.

8 Caín dijo a su hermano Abel:

—Vamos al campo.

Y cuando estaban en el campo, Caín se alzó contra su hermano Abel, y lo mató. 9 Entonces el Señor dijo a Caín:

—¿Dónde está tu hermano Abel?

Él respondió:

—No lo sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” (Gn 4, 1-9).

Esta historia viene a colación con el tema del congreso que nos ha reunido: Perspectivas sobre el altruismo: empatía, compasión, cuidado. La pregunta de Caín cuestiona precisamente el tema central del congreso: ¿hay algún motivo por el cual deba pensar más allá de mi ego? ¿Debo tener empatía con los demás? ¿Debo mostrar compasión por el otro? Se podría reformular la pregunta de la siguiente manera: ¿acaso soy yo el cuidador de mi hermano? O ¿está mi hermano en mi cuidado?

La pregunta de Caín me remite al sociólogo Zygmunt Bauman, pues él tiene un artículo con este título, que luego fue recogido junto a otros dentro de un libro que se titula *The individualized society*, es decir, *La sociedad individualizada*.

En el artículo Bauman dice:

“La pregunta “¿soy acaso el guardián de mi hermano?”, que no hace mucho se creía contestada de una vez por todas y por ello apenas se oía, se vuelve a formular de manera más ruidosa y beligerante cada día”(Bauman, 2001, pág. 95).

Bauman considera que la pregunta de Caín se vuelve a formular, se escucha con más fuerza y se plantea de forma combativa en los tiempos actuales. Quiero, pues, centrar la atención, en primer lugar, en los motivos por los cuales esta pregunta vuelve a ser relevante para nosotros en nuestro tiempo desde el pensamiento de Zygmunt Bauman.

Bauman es un sociólogo de la modernidad. Sin duda es reconocido por acuñar el término “líquido” para describir la condición de las relaciones humanas en la actualidad. Considera que la modernidad tiene unas tendencias que han generado una nueva forma de socializar: de ver y de tratar al otro.

Sería demasiado largo y poco pertinente para el tema del congreso profundizar en el concepto de modernidad según el sociólogo polaco. Por lo que centraré la atención en un proceso esencial de la modernidad: la individualización, pues tiene como consecuencia directa el llegar a ver al otro, al prójimo, al “hermano” como un extraño y, por tanto, a eximir de la responsabilidad de su bienestar o cuidado.

El proceso de individualización

Para Bauman el individuo es un producto de la modernidad, no cabe hablar de él fuera de su contexto natural, es decir, de la modernidad. Hablar de sociedad y de individuo es lo mismo que hablar de *sociedad moderna e individuo moderno*. La modernidad empieza a la vez que la sociedad y el individuo. Como dice Bauman:

“Moldear a los miembros como individuos es la marca distintiva de la sociedad moderna. Sin embargo, ese moldear no fue resultado de solamente un acto: es una actividad que se repite a diario. La sociedad moderna existe en su incesante actividad de ‘individualizar’ tanto como las actividades de los individuos consisten en la remodelación y renegociación diaria de la red de interdependencias mutuas llamada ‘sociedad’” (Bauman, 2000, pág. 31).

Hay una dependencia de la sociedad y los individuos. Sólo hay sociedad en donde los seres humanos son individuos. Convertir a las personas en individuos consiste

Cito

“en aflojar las ataduras que paralizan los movimientos humanos, en ‘la emancipación de los estreñimientos’. Pero, sobre todo, consiste en poner el ‘llegar a ser’ antes que el ‘ser’” (Bauman & Tester, 2002).

Fin de la cita.

Para las personas en una sociedad la dimensión performativa adquiere una gran relevancia y es la nota distintiva del proceso de individualización. La identidad no es dada o heredada, sino que se convierte en una tarea. Dentro de la sociedad, las personas dejan de nacer con una identidad y se ven forzadas a adquirir una. Los individuos son lo que son por referencia a lo que hacen.

Esto no ocurría en la época premoderna, según Bauman, ya que los príncipes, caballeros, siervos o los hombres de pueblo nacían con un ‘ser’, y éste era independiente de lo que cada uno hiciera. En este punto Bauman sigue la división de las variables patrones o variables-pautas de adscripción y adquisición. Es decir, antes del proceso de individualización las personas tenían un modo de ser adscrito que era más importante y definitorio que lo que hicieran. El proceso de individualización es precisamente descalificar, ignorar, obviar la adscripción en favor de adquisición del ser. Para Bauman la modernidad empieza cuando el ser sigue al obrar, dándole la vuelta a la forma “premoderna” del obrar sigue al ser.

“La necesidad de *llegar a ser* lo que uno es caracteriza la vida moderna – y a esta vida únicamente (no a la ‘individualización moderna’, esa expresión es evidentemente pleonástica; hablar de individualización y hablar de modernidad esa hablar de una y la misma condición social). La modernidad sustituyó la determinación heterónoma del estatuto social por la compulsiva y obligatoria autodeterminación. Esto es verdad para la ‘individualización’ de toda la era moderna – para todos sus períodos y en todos los sectores sociales” (Bauman, 2000b, p. 32).

Hay que tener en cuenta que la individualización es un proceso que evoluciona y varía. Lo que significaba a los comienzos de la modernidad ser individuo no es lo mismo que significa en la actualidad. El proceso de individualización está orientado hacia el futuro: la persona nunca llega a ser quien ‘debería’, es un proyecto continuo sin un punto final. Es decir, la modernidad empieza en el momento en que la identidad de las personas no viene ‘dada’ sino que debe ser construida con la acción individual. Sea lo que sea cada individuo, deberá continuar actuando para llegar a ser.

El individuo y el extraño

El que las personas tengan que actuar para llegar a ser conlleva un problema para las relaciones sociales. Las relaciones con el otro ya no se basan en algo estable, fijo o sólido, pues el individuo se ve forzado a elegir constantemente. Es aquí en donde la metáfora de Bauman sobre la liquidez tiene su máxima eficacia: los vínculos entre unos y otros ya no son sólidos, sino líquidos: son moldeables, flexibles, inestables.

Las personas, que desde el punto de vista de la vinculación social pasan a ser individuos, desde el punto de vista del reconocimiento pasan a ser extraños.

No me es posible detenerme en lo que Bauman comprende por extraño ni en el cambio que esta concepción sufre en el paso de la modernidad sólida a la líquida debido a la limitación de tiempo. Por lo que sólo expondré lo que supone que la modernidad líquida sea una sociedad en donde la condición de la extrañeza se ha privatizado y universalizado. Es decir, que el trato con el otro es un trato con un extraño.

El arte del desencuentro

Cito a Bauman:

“Los extraños se encuentran de la manera que corresponde a los extraños; un encuentro entre extraños no se parece a un encuentro entre familiares, amigos o conocidos –es comparativamente, un *desencuentro*–. En el encuentro entre extraños no se retoma el punto en el que quedó el último encuentro, ni se recuentan las pruebas y tribulaciones o las alegrías en el ínterin, ni hay recuerdos comunes: no hay nada en qué basarse ni qué seguir en el curso del encuentro presente. El encuentro entre extraños es *un acontecimiento sin pasado*. Con frecuencia es también *un acontecimiento sin futuro* (se supone y se espera que esté libre de un futuro), una historia que, sin dudas, *no* continuará, una oportunidad única, que debe ser consumada plenamente mientras dura y en el acto, sin demora y sin postergaciones para otra ocasión” (Bauman, 2006, pág.).

Las ciudades se han convertido en esos lugares en donde las personas se encuentran con extraños, pero no con la voluntad de llegar a conocerlos y tratarlos como amigos o enemigos. Los encuentros con los demás se convierten en episódicos. En donde el individuo tras el encuentro sigue siendo un individuo o, dicho de otra forma, en donde el extraño sigue siendo extraño. El otro no pasa nunca a tener un reconocimiento, no hay espacio para la empatía.

Esta habilidad social es descrita por Richard Sennet llamada civilidad y dice que es:

“la actividad que protege mutuamente a las personas y que no obstante les permite disfrutar de su compañía. Usar una máscara es la esencia de la civilidad. Las máscaras permiten una sociabilidad pura, ajena a las circunstancias del poder, el malestar y los sentimientos privados de todos los que las llevan. El propósito de la civilidad es proteger a los demás de la carga de uno mismo” (Sennett, 2002)

La habilidad social que se ha desarrollado es la de no tratar al otro como un ser único e irrepetible. Consiste en reducir al otro a su actividad.

Veamos un ejemplo. El trato que se mantiene con el cajero o dependiente en un supermercado. La persona que recibe lo que se compra queda reducida a la función de que cobre por los productos que se han seleccionado. Esta acción se puede repetir miles de veces sin importar quién está cobrando. Tanto es así, que ya hay supermercados en los que no hay personas en la caja, pues la función la puede realizar una máquina.

El arte del desencuentro, como lo llama Bauman, implica evitar el encuentro con el otro y, por tanto, cualquier tipo de responsabilidad hacia él.

El arte del desencuentro consigue “desocializar” el espacio físico. En la ciudad se puede estar cerca del otro, pero no juntos. Se envía al otro a un segundo plano en

el que su presencia no desaparece, pero su rostro sí. Se puede decir que el arte consiste en abstenerse de conocer a los demás y en negarles que nos conozcan. Así, los espacios físicos, que no sociales, no son más que el escenario de un desfile de máscaras y no de rostros humanos.

El arte del desencuentro tiene distintas modalidades: la cortesía indiferente o tolerancia y, la más desarrollada, la solidaridad. Veamos cada una.

La cortesía indiferente o tolerancia

La tolerancia se expresa en indiferencia y despreocupación por el otro, porque se basa en la esperanza de que a uno lo dejen en paz siempre y cuando uno deje en paz a los demás. No busca transformar o aniquilar al otro, sino dejarle estar como diferente. Pero la tolerancia ofrece pocas garantías porque se basa en la generosidad de cada individuo. Esto produce incertidumbre y una continua vigilancia, pues, aunque el otro esté en segundo plano, puede pasar al primero si así lo desea. Se puede concluir que la indiferencia cortés no ofrece garantías de paz pues siempre queda la posibilidad de que el otro no tenga escrúpulos.

La solidaridad

De modo que hace falta dar un paso más allá: elogiar al otro. El tolerar la diferencia, es decir, el no intentar eliminarla, no es suficiente porque no da garantías de ningún tipo. Es una confianza ciega en la buena voluntad del otro. Así, surge la solidaridad como responsabilidad de cuidar la diferencia y no solo de tolerarla.

La solidaridad exige una actitud activa, a diferencia de la tolerancia que es más bien pasiva. Exaltando la diferencia o extrañeza de los demás se busca que ellos acepten y exalten la propia. Si los demás hacen elogios a la extrañeza ajena hay más seguridad de no tener que cambiar ni verse sometido a ningún tipo de dominación. “La solidaridad, en contraste con la tolerancia, su versión más ligera, implica la disposición de pelear; y unirse a la batalla por el bien de la diferencia del otro, no de la propia. La tolerancia se centra en el ego y es contemplativa; la solidaridad se orienta a lo social y es militante”(Bauman, 2005, pág. 338).

La tolerancia soporta la diferencia, mientras que la solidaridad la convierte en su meta. Bauman afirma que la tolerancia es insuficiente para sostener un mundo de la vida contingente y diverso, por lo que la solidaridad se presenta como un paso necesario a dar si la modernidad líquida pretende subsistir.

Perspectivas de altruismo

Ante este panorama de un mundo de extraños: ¿Cómo se pueden generar vínculos íntimos con los demás? ¿Cómo poder generar empatía, compasión y una inclinación a cuidar del otro? ¿Cómo se pueden abrir perspectivas de altruismo en una sociedad individualizada y entrenada para no ver al otro en tanto otro?

Puede que la solución que propongo sea simple, pero a su vez considero que sin esta sencillez será difícil salir de la tendencia a ignorar al otro. La perspectiva altruista que propongo es ampliar la noción o concepto del ser humano que nos transmite la modernidad. Es fomentar una auténtica búsqueda de la verdad de lo que es el ser humano, de lo que somos cada uno de nosotros. Hace falta estudiar lo que es el ser humano y no solamente *lo que hace y cómo lo hace*. Sin duda la universidad juega un papel de gran importancia en esta tarea y no es casualidad que estemos aquí dialogando sobre el tema.

En este sentido me parece que la sociología tal como la entiende Bauman no es suficiente para dar una respuesta a la pregunta: ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Según el panorama expuesto a través de los análisis del sociólogo polaco, parece ser que sí se puede vivir en sociedad sin preocuparse por lo demás. De hecho, parece que precisamente esa indiferencia hacia el otro es el motor de una sociedad consumista.

Pero la cuestión que esto plantea es si esa sociedad es humana o no. ¿Es mejor cuidar del otro o ignorarlo? ¿Qué nos perfecciona más como seres humanos? ¿Qué nos hace más felices? ¿Qué nos conviene?

Bauman considera que sí somos mejores al preocuparnos por los demás, al hacernos responsables de ellos.

“Por supuesto que soy el guardián de mi hermano, y soy y seguiré siendo una persona moral en tanto que no pido razón especial para serlo. Lo admita o no, soy el guardián de mi hermano porque el bienestar de mi hermano depende de lo que yo haga o deje de hacer. Y soy una persona moral porque reconozco esa dependencia y acepto la responsabilidad que se desprende de ella. (...) La dependencia de mi hermano es lo que me convierte en un ser ético. Dependencia y ética están juntas y caen juntas.” (Bauman, 2001)

En contra de lo que dice aquí Bauman, la sociedad individualizada y los individuos sí esperan una respuesta a la pregunta de por qué debo cuidar a mi hermano. Aunque le tengo aprecio al pensamiento de Bauman, considero que aquí se queda corto. Parece caer en un imperativo categórico sobre la responsabilidad de los demás. Percibe que es bueno el cuidar del otro, pero no argumenta por qué.

Así que me atreveré a dar unas líneas argumentativas del porqué el otro debería estar a mi cuidado. Para esto utilizaré las ideas del profesor Alfredo Cruz, que tienen unas fuertes raíces aristotélicas y tomistas. Propongo redescubrir que somos seres sociales por naturaleza, que hay bienes que son más grandes y más adecuados para el ser humano que los bienes individuales, es decir, recuperar la noción de bien común.

Los individuos en la sociedad moderna líquida buscan su propio bien. Por eso si se les dice que deben ser el guardián de su hermano porque el bien del prójimo es su responsabilidad, no lo entienden. ¿Qué bien reciben ellos por custodiar a los demás?

Es una pregunta pertinente, pues no podemos querer el bien ajeno en cuanto ajeno. Dice el profesor Cruz:

"Sólo es posible apetecer o gustar el bien propio, pues algo es bueno en tanto que nos beneficia, y en esa medida es apetecible y deleitable. Para un sujeto, no es un bien –no es apetecible ni deleitable– aquello cuyo efecto benefactor no es experimentable de algún modo por ese sujeto. Un bien verdaderamente ajeno no es un bien: no nos beneficia de ningún modo. Esa cosa, realidad o entidad no es cognoscible como bien, no es apetecible. Todo bien, para ser tal, para ser amable, tiene que ser, de algún modo, bien propio. Por lo tanto, amamos el bien de los demás en la medida en que ese bien se ha convertido en nuestro, en tanto en cuanto nos hemos apropiado de él. Es fácil ver que el bien del otro deja de ser ajeno en la medida en que el otro deja de ser otro" (Cruz Prados, 2015, pág. 176).

Hay una condición subjetiva actual que lleva a que las personas nos comprendamos como individuos. A partir de esta condición subjetiva, los bienes que buscamos son individuales. Así, las perspectivas altruistas: hacer algo por el bien de otro, sólo se puede entender como una pérdida, ya que los bienes no son compartidos.

Hace falta cambiar esa condición subjetiva. Hace falta abrir horizontes a una concepción más rica y verdadera del bien del ser humano. El ser humano es un animal político: necesita de los demás para su desarrollo pleno y se desarrolla plenamente al darse a los demás.

Caín al preguntar si debe ser guardián de su hermano parte de una concepción individualista, como si el bien de su hermano no tuviera ninguna relación con el suyo. De hecho, me atrevería a decir que es también un nominalista, pues la relación de "hermano" no la toma como una relación que parte de su ser. "Mi hermano" para él no es más que decir: aquel otro que no tiene nada de relación conmigo. "Mi hermano" es otro totalmente otro.

En este sentido encontramos una expresión más acertada para comprender la postura individualista también en la Sagrada Escritura. En concreto, en el Evangelio, en la parábola del hijo pródigo. Allí, el hermano mayor llega incluso a expresarse de tal modo que ya no tiene relación con su hermano, pues le dice a su padre: “Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo” (Lc. 15, 30). “Ese hijo tuyo” es la forma de expresar que no tiene nada que ver conmigo. En el fondo tanto Caín como el hijo mayor de la parábola se desentienden de estar, de hecho, en una relación con su hermano.

Utilizando terminología sociológica, la relación de filiación y de fraternidad son por adscripción y no por selección. La realidad del ser humano es que nuestro ser tiene elementos que no son elegibles, sino que son dados. La libertad en este contexto no es la de negar esos elementos, sino más bien aceptarlos y vivir conforme a lo que somos.

Aceptando nuestra realidad social, los vínculos que de hecho tenemos, se sale de una concepción subjetiva individual por la de una personal o como miembro de una comunidad. Esto es fundamental, pues si somos algo más que individuos, el bien individual resulta ser insuficiente o menos perfecto.

El individuo, como Caín, no hace mal en buscar su bien propio. Lo que hace mal es al determinar cuál es ese bien, pues caen en el egoísmo.

“El egoísmo no consiste, pues, en amarse a sí mismo, ni en apetecer el bien propio sobre el bien ajeno; consiste en amarse mal a sí mismo –amarse en cuanto individuo–, y en apetecer un bien inferior –un bien particular– en lugar de un bien mejor –un bien común–.” (Cruz Prados, 2015, pág. 179).

No hace falta abandonar el interés propio para tener una perspectiva de altruista. Pero sí hace falta mostrar un concepto de persona como un ser esencialmente relacional. Pensar en el bien del otro no es algo accidental para el desarrollo pleno de la persona, sino que es más bien algo necesario: se debe pensar en el bien común, en el bien nuestro. Así se puede empezar a romper las burbujas en las que encierra el individualismo. Y los tipos de vinculación social se verán también transformados, vivificados por una razón de bien más allá de una perspectiva de costo y beneficio.

Otra perspectiva de altruismo: redescubrir la importancia de la formación del carácter.

El tema del carácter es un punto que no aparece en los escritos de Bauman. Esta dimensión de la personalidad no está presente en su pensamiento. Considero que sus análisis se hubieran enriquecido mucho más si hubiera conocido la importancia del carácter.

Dice Bauman:

“Cuando Dios preguntó a Caín dónde estaba Abel, Caín respondió, enojado, con otra pregunta: ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? El filósofo ético más grande de nuestro siglo, Emmanuel Levinas, comentó que en esa enojada pregunta de Caín comenzó toda la inmoralidad.” (Bauman, 2001, pág. 88)

Estoy en desacuerdo con esta frase de Zygmunt Bauman, pues él dice que a partir de la pregunta de Caín comenzó la inmoralidad, pero eso no es verdad. Tiene una visión reduccionista de lo que es la moralidad. La moral no agota todas sus dimensiones en el trato con los demás, pues también tiene una dimensión personal o *práctica* (*praxis*). No empieza la inmoralidad en el momento en que los efectos de nuestras acciones hacen mal a los demás. La moralidad empieza en el momento en que actuamos como seres humanos.

“La acción es acción moral porque no solo posee eficiencia exterior, sino también interior, es decir, no solo produce un cambio en el mundo que rodea al sujeto agente, sino que causa también un cambio en este sujeto, lo modifica, lo marca. Llevar a cabo una acción es intervenir en el mundo, hacer algo con él y de él, pero es también, y principalmente, hacer algo – alguien – con uno mismo y de uno mismo. Propiamente, la acción es moral, no por ser buena o mala, sino por causar un modo de ser operativo – un hábito, una costumbre, un carácter – en el mismo sujeto que la realiza. En este sentido, toda acción, buena o mala, es moral: es moralmente buena o moralmente mala. Considerar las acciones en relación con el carácter del sujeto de ellas es lo más propio y específico de la ética, de la reflexión moral, pues considerarlas así es tomar las acciones en cuanto morales precisamente.” (Cruz Prados, 2022, pág. 16-17)

El actuar moral comenzó en Caín mucho antes de formular la pregunta. Recordemos, y por eso quise leer todo el relato del Génesis al principio, que Caín obraba mal desde antes. Es interesante observar el orden del texto del Génesis, pues dice: “El Señor miró complacido a Abel y su ofrenda, pero no a Caín y la suya.” Lo primero en lo que centra la mirada el Señor en este relato es una la persona: en Abel y en Caín, y, después, mira la ofrenda. Se da prioridad al ser antes que al hacer. También queda manifiesta que hay relación entre el ser y el hacer: Abel es bueno y obra bien, Caín es malo y, por tanto, obra mal. Ahora, bien, Caín no nació siendo malo, sino que a través de sus acciones se hizo malo. Caín no nació siendo indiferente de su hermano, sino que por su forma de actuar se fue haciendo de tal modo que llegó a ser indiferente del bien de su hermano. Caín no nació egoísta, sino que se hizo egoísta.

Así, considero que otro camino para abrir horizontes altruistas y que es complementario al de tener una concepción del ser humano como ser relacional es la necesidad de formar el carácter de las personas para que puedan obrar con vistas al bien común. La mentalidad individualista en la que se forma a las nuevas generaciones lleva a juzgar cualquier acción humana con la lógica de pérdida/beneficio en sentido económico (Bauman, 2001, pág. 88). Así, se fomenta el egoísmo desde temprana edad y moldea el carácter para que sea imposible salir de esa tendencia. Tal vez muchas personas no buscan el bien común o no logran salir de la búsqueda del bien individual porque no saben que existe o porque ya no pueden buscar nada más.

Según Bauman, la conducta individual en la sociedad líquida está en función de la estética del consumo (Bauman, 1998). Consumir es una acción que siempre es individual, aunque se haga rodeado de otras personas. La sociedad actual se alimenta del consumo y, por tanto, mientras más individualistas sean sus miembros, mejor. Hace falta romper esa tendencia formando el carácter de los más jóvenes.

En una sociedad individualizada las relaciones altruistas brillan por su ausencia, pues la base que impulsa las relaciones es el consumo de bienes individuales. Por lo que hace falta ampliar espectro de bienes hacia bienes comunes. Pero no basta con saber qué es lo que conviene, sino que hay que realizarlo. Para esto es necesaria la formación del carácter. Con una formación adecuada del carácter nos será más fácil encontrar acciones altruistas y construir una sociedad más humana.

Bibliografía

Bauman, Z. (1998). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres [Título original: Work, Consumerism and th New Poor]* (V. de los Á. Boschioli, Trans.). Gedisa. Impreso en 2005.

Bauman, Z. (2000a). *Liquid Modernity*. Polity Press; Blackwell. Impreso en 2015.

Bauman, Z. (2000b). *Liquid Modernity*. Polity Press; Blackwell. Impreso en 2015.

Bauman, Z. (2001). *La sociedad inividualizada*. Ediciones Cátedra.

Bauman, Z. (2005). *Modernidad y ambivalencia*. (M. Aguiluz Ibargüen, Trans.). Anthropos.

Bauman, Z. (2006). *Modernidad Líquida*. (M. Rosenberg & J. Arrambide, Trans.). Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z., & Tester, K. (2002). *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. (A. Roca, Trans.). Paidós.

Cruz Prados, A. (2015). *Ethos y polis* (2da ed.). EUNSA.

Cruz Prados, A. (2022). *El sentido de la moral*. EUNSA.

Sennett, R. (2002). *El declive del hombre público*. (G. Di Masso, Trans.). Península.

Facultad de Teología. (2016). *Sagrada Biblia* Universidad de Navarra. (1ª Ed.).

PROVISORIO